

Entrevista realizada al Dr. Mosset Iturraspe el 28/12/2010

- Bueno, doctor, cuéntenos cuáles han sido sus experiencias familiares en relación a Francia, a la francofonía...

Bien; mi madre nació en Tucumán, era argentina, pero su madre, mi abuela, había nacido en París en 1860. Se llamaba Eugenia Genteleau; era de una familia alsaciana trasladada a París unos cien años antes de su nacimiento. Mi abuela se casó en Francia con un joven ingeniero en alcoholes, mi abuelo Edmundo Edmond Craven, que al poco tiempo de casado y aún sin hijos salió a recorrer el mundo en ejercicio de su profesión; los franceses de aquella época vivían en el imperio y acostumbraban cruzar los mares y ejercer actividades de muy variado tipo en otros continentes. Mi abuelo Edmond, el ingeniero en alcoholes, partió primero hacia Argelia, donde nació la única hermana de mi madre, Julia Craven, casada luego con un empresario rosarino, Olcese, que ha dejado aquí en Santa Fe una extendida familia; esto ocurrió en Argelia mientras trabajaba él en empresas de alcoholes, y luego, a los pocos años, vinieron a la Argentina. Primero al Ingenio Ledesma, en Jujuy, luego a Tucumán y posteriormente a Mendoza, y de vuelta a Tucumán, donde nació mi madre allá por 1907, 1908, viviendo en Tucumán. Un par de años más tarde, aproximadamente en 1910 murió mi abuelo, joven, y este hecho hizo que la familia sufriese un gran desmembramiento; la familia quedó sin su jefe. Obedeciendo al noviazgo de la hermana mayor, Julia, con este señor Olcese, residente de Santa Fe, decidieron mi madre, mi abuela y mi tía venir a vivir aquí. Así comenzó la historia de los Craven en la ciudad de Santa Fe. A mí me gusta recordar que en aquellos tiempos, usted lo sabe mejor que yo, a los extranjeros residentes en Santa Fe se los consideraba como formando parte de colectividades; era como si no integrasen la sociedad civil santafesina, sociedad civil formada mayoritariamente y casi con exclusividad por españoles, tanto del sur como del centro, y muchos de ellos vascos o gallegos, que eran las denominadas familias tradicionales. Estas familias tradicionales santafesinas, entonces, no tenían una relación muy cariñosa ni espontánea con las colectividades y las colectividades pagaban con la misma moneda centrándose en las agrupaciones que los aglutinaban, como la Alianza Francesa, o el Club de Tennis, que pertenecía a las colectividades, y estas familias realizaban asimismo un conjunto de actividades que eran extrañas a los modos de las familias tradicionales; un ejemplo típico es que las mujeres estudiaban: tanto mi tía Julia como mi mamá se recibieron de maestras en la Escuela Normal, junto a muy pocas

compañeras santafesinas, la mayoría de ellas eran descendientes de holandeses, italianos, alemanes... esta costumbre se prolongó durante mucho tiempo pero quizá por fortuna ha cesado. Hoy en día, cuando referimos las colectividades, los más jóvenes difícilmente sepan de qué hablamos; aquellos que pudimos asistir a aquello –yo ya tengo 80 años- recordamos especialmente este detalle. El casamiento de una persona de cualquiera de estas colectividades extranjeras con alguna de las familias españolas más arraigadas no se dio sino hacia el 1800... yo he indagado sobre los fundadores que arribaron a Cayastá en el 1600, 1700: no hay ningún apellido de aquellos en Santa Fe; los tradicionales, los que se consideran las raíces más antiguas, son estos españoles del norte o del sur, pero que vinieron aquí trayendo en alguna medida su orgullo y su abolengo; el casamiento de algún hijo o hija descendiente de extranjeros con alguien de esta primera descendencia española era todo un acontecimiento que algún sector de la sociedad, los extranjeros, consideraban provechoso, y que los así llamados criollos veían más bien con recelo. Mi abuela, Gesteleau de Cravet, ya instalada en esta ciudad de Santa Fe junto a sus dos hijas, la nacida en Argelia y la nacida en Tucumán, se dedicó muy especialmente a educar y formar sus hijas, con grandes diferencias de edades, casi veinte años de diferencia, y luego, como se decía entonces, a casarlas; con este empresario rosarino de fortuna, el señor Orcese, y luego con este hijo de suizos y criollos que fue mi padre, Mario Mosset Iturraspe, con el cual se casó mi madre allá por 1924. Mi abuela dedicó su vida a este quehacer hogareño de crianza de sus hijos, viviendo un tiempo con Julia y otro tiempo con Clara; durante los últimos diez años de su vida vivieron aquí, en esta casa, y yo mantenía con ellas diálogos muy regocijantes. Mi abuela, que tenía 40 años en la Argentina, se negó a aprender el castellano. Era de aquellos franceses que consideraban que aprender el castellano era ceder a lo que ellos consideraban “la langue des sauvages”, la lengua de los salvajes; mi abuela me decía: “no, yo no voy a hablar castellano” y entonces hablábamos en francés. Lamentablemente, cuando uno es joven no suele apreciar la importancia del aprendizaje de una lengua, por lo que yo le llevaba poco apunte a todo aquel proceso; por tanto lo comprendo bien, en la mayoría de mis libros hay citas francesas, pero no lo hablo correctamente. Mi abuela se entretenía leyendo literatura francesa, por ejemplo, adoraba a Victor Hugo, lo adoraba; jugaba algunos juegos franceses, juegos de naipes; y sobre todo mantenía conversaciones muy prolongadas. He escrito sobre ella; vivía en la planta alta, permanecía allí casi todo el día, a excepción de los horarios del almuerzo y la cena, en que mi padre la llamaba al grito de “Madame Craver, la tabla está servida”, ante lo cual mi abuela siempre bajaba entonando la marsellesa. Había perdido un poco la memoria a causa de la aterosclerosis, pero siempre

mantuvo su simpatía y su gracia. Lo primero que hacía entonces era sentarse a la mesa, servirse un vaso de vino y pedir permiso para mojar el pan en el vino. Era una costumbre francesa muy tradicional, sobre todo en la gente de origen campesino...

- Mi abuelo lo hacía también... (Intervención de Silvia Clément)
- Así, es, mi padre le daba el permiso y ella comía ese pan mojado. Yo cuento una anécdota que ilustra la fuerza de su carácter; cuando mis padres se pusieron de novios, la familia Mosset veraneaba en Rincón, donde está todavía la casa de mi abuelo, construida alrededor de 1800; esa casa lleva una placa de bronce muy gruesa que dice Villa Cariño, que era el nombre del lugar entonces, a la llegada de mi abuelo, que era hijo de un suizo que se instaló primero en Helvecia y finalmente en Rincón. Bueno, mi abuela Eugenia iba a Rincón llevando a mi madre para mantener o sostener este noviazgo con papá; hicieron esto dos o tres años. Allí en Rincón se instalaban en una casa que alquilaban, bastante cerca de lo de mis tías, a un costado de la iglesia; cuando llegó por primera vez a Rincón le dijeron: "mire que este pueblo hay criollos, hay indios (había entonces varias tribus allí), gente de malas costumbres, pícaros, amigos de lo ajeno, y una señora y una señorita por sí solas corren peligro..." a lo que mi abuela les respondió "¿Conque es así la cosa? Pues no tiene importancia"; compró entonces unas dianas para tiros al blanco y empezó a practicar tiro todas las tardes con una pistola que había traído desde Francia en su juventud y que la acompañó hasta su muerte. Por supuesto que los vecinos y lugareños que escuchaban aquellos tiros cada tarde supieron enseguida que con la francesa era mejor no meterse. Bueno, ¿qué más, qué más? Mi abuela francesa se llevaba muy mal con mi abuela criolla. Mi abuela criolla se llamaba Luisa Iturraspe y vivía acá a la vuelta. Era hija de vascos y ella descreía de la cultura francesa. Los criollos en general no habían estudiado; con suerte, contaban con segundo o tercer grado. Si su posición económica se los permitía, mandaban a sus hijas a colegios muy caros y distinguidos de Buenos Aires donde permanecían dos o tres años para luego regresar a Santa Fe. Tenían del mundo y de las costumbres una visión muy primitiva. La primera vez que mis abuelas se encontraron, mi abuela criolla comenzó su conversación insinuando las malas costumbres de las mujeres francesas, tema que a las criollas poco instruidas preocupaba especialmente, la supuesta mala vida de las mujeres francesas; mi otra abuela, que como ya he dicho no era de buen genio, le dijo: "por mi parte, desde que estoy aquí en Argentina tengo entendido que las

que llevan una mala vida son las criollas". Ese fue el final de la conversación, y luego de aquella ocasión habrán vuelto a verse dos o tres veces. En fin.

- ¿Y su abuela asistía a las fiestas comunitarias que en aquellas épocas realizaba la Unión Francesa?
- Mi abuela no; su cerrazón respecto al idioma, la devoción puesta en la educación de sus hijas, su absorción en la lectura... en cambio mi papá y mi mamá sí participaban; desde jovencito yo escuchaba comentar que mi madre asistía a las fiestas de la Alianza Francesa, que jugaba al tenis con gente de la colectividad francesa; mi padre tironeaba para sus amigos criollos y mi madre lo hacía para sus amigas francesas. Todo esto es hoy una especie de anécdota risueña, puesto que como decíamos hoy ya nadie comprende el fenómeno de las colectividades, ni estas rivalidades que llevaban a juzgar o prejuizar de tal manera al otro. En este sentido, Santa Fe nunca fue una ciudad con una sociedad intelectualmente muy desarrollada. Cuando yo he dicho esto alguna vez en la radio o en la televisión, mis amigos se enojan conmigo y me dicen que por qué digo esto, pero es la verdad. Esta era una ciudad económicamente muy pobre, de escasísimos recursos –hablo de 1900, 1910-. Las viejas familias criollas no tenían reparos en tener un negocio de cueros, o comerciar miel o productos de la tierra, porque era de lo que se vivía. Los campos no daban fortuna porque hasta 1880 no había alambrados, así que los animales se movían libremente a campo traviesa, casi ni se marcaba la hacienda. Pero, bueno, este es el Santa Fe que era y es el Santa Fe que seguimos teniendo. Cuando a mí me preguntan por qué existe en Santa Fe tan poca vocación política madura, firme, tan poca amor por los logros de determinados partidos políticos, tan poca adhesión a una política constructiva, de desarrollo y de crecimiento, bueno, yo siempre respondo que la causa es que Santa Fe ha sido siempre la ciudad del presupuesto: siempre aquí se vivió del erario público; el ideal de los santafesinos era tener, como se decía entonces, "un puesto", tener un cargo en la administración o entrar en el poder judicial y vivir de ese sueldito....
- Cuestión que aún en nuestros días no ha cambiado...
- Bueno, yo nunca quise estar en la administración. Soy el profesor más antiguo de la Universidad Nacional del Litoral, como usted sabe, yo ingresé en 1955, después de la revolución, y sigo ininterrumpidamente, llevo más de 55 años de profesor; han hecho el gesto de elegirme consejero superior y entonces mantengo mi condición de profesor hasta el 2014, espero vivir hasta entonces... mantengo mi actividad docente, ahora en el docente, ya no en el grado pero sí en el doctorado en derecho; continúo ejerciendo

mi actividad profesional como abogado, desde hace casi 60 años. No pienso jubilarme jamás, porque éste es mi refugio y si yo me jubilase no podría seguir viniendo aquí al estudio donde trabajan mi hijo mayor, Ulises, y mi hijo menor, Mario, que está por ser papá por primera vez, así como dos de mis hijas: Clara, que ejerce la profesión en Derecho de familia y Mercedes, que se ha inclinado por el Notariado.

Yo diría que, como la mayoría de los nietos de extranjeros, no poseo una gran vocación hacia lo francés o lo suizo. He estado muchas veces en Francia, más de diez veces sin dudas, me gusta mucho estar en París y recorrer el sur y el norte de Francia. He descubierto que el apellido Mosset no es, como creían mis tías, de origen suizo sino francés...

-Claro, han de ser los franceses que dejaron Francia en la época de las persecuciones religiosas... (Intervención de Silvia Clément).

- ¡Muy Bien! Los Mosset son de un pueblito de apenas 600 habitantes, que está en los Pirineos Orientales, al pie del Monte Canigou, un monte de más de dos mil metros, al sudoeste de Francia; el pueblo se llama Mosset, de allí se fueron en el 1204, es decir hace más de novecientos años...

-Y esa fue una de las primeras herejías... (Intervención de Silvia Clément).

-Porque eran cátaros. He estudiado mucho el tema de los cátaros porque pienso escribir mis memorias un día de estos, comenzando por los Mosset y por cómo debieron abandonar el pueblo de Mosset en los Pirineos Orientales cuando Carcassonne cayó en manos de la monarquía francesa del Norte y por qué estos franceses del norte consideraban a los cátaros como herejes que practicaban la homosexualidad, practicaban abortos e impedimentos para la concepción... esto no era tan así. Lo que sí creían los cátaros era que los nacidos en la tierra no son hijos de Dios sino hijos del Diablo, y que por tanto hay que vivir una vida, larga o corta, pero advocada a la purificación. Éste era el problema cátaro...

-Los perfectos los llamaban... (Intervención de Silvia Clément).

-Exactamente, había que purificar los males que uno había traído como herencia de los antepasados, y por tanto se castigaban, vivían orando, evitaban el sexo y las relaciones entre hombres y mujeres, se flagelaban... pero no creo que practicasen estas otras actividades de las que se los acusaba, en parte para apoderarse de sus bienes, pues usted sabe que los cátaros eran muy ricos; toda aquella parte del sur de Francia, Perpignan, Toulouse...

- Incluso les han prendido fuego, por ejemplo, en Béziers. (Intervención de Silvia Clément).

-Sí. Esto ocurrió en Carcassonne, donde también los mataron adentro de las murallas, y en Albi... en la catedral de Albi hay una placa frontal que dice "Esta catedral se construyó en Albi alrededor de 1259 para mostrar al mundo que los herejes no triunfan en Albi". Yo tuve un yerno protestante, descendiente de los albisences, que contaba que el rey de Francia y un príncipe del Vaticano junto a diez mil hombres provenientes de las cruzadas se plantaron frente a Carcassonne y discutieron sobre la conveniencia de tomarla por asalto. El representante del Vaticano le preguntó a Simón de Monfort: "¿y ahora qué hacemos?" y Simón respondió "Bueno, para eso está usted, que representa la religión y la moral, díganos qué hacer". Y entonces el cardenal le puso las manos en el pecho y le dijo: "Simón, usted entre a sangre y fuego. Mate a cristianos y a cátaros por igual, que el señor en su infinita bondad sabrá distinguir los unos de los otros". Y finalmente, así ocurrió.

Bueno, no tengo mucho más que contarle, si usted desea hacerme alguna pregunta...

- Todo es muy interesante. Lo que nosotros intentamos hacer es recuperar la memoria de un sector de la ciudad que fue muy fuerte en aquella época, que tuvo una influencia notable en las primeras décadas del siglo XX porque a partir de la creación del ferrocarril francés hay un gran flujo de ingenieros y técnicos que se instalan en el barrio Candioti, dejando una gran impronta cultural. Y si uno toma la guía telefónica y busca al azar notará una gran cantidad de apellidos de origen francés, pero cuando los enseñantes de francés preguntan a estos chicos de dónde provienen sus padres, los chicos ignoran por completo su origen francés y la historia detrás de esa herencia. Entonces, un aspecto fundamental es la recuperación de ese acervo cultural que hace parte de la memoria colectiva. El otro aspecto es lograr que nuestros educandos miren a la ciudad con otros ojos, pues el hecho de ver que en la ciudad hay vestigios de otras culturas les permite, además de crecer en la diversidad cultural del plurilingüismo y la integración del otro, apreciar y cuidar el patrimonio artístico legado por los mayores a esta ciudad, por ejemplo, el que se puede apreciar en los edificios típicos como el de la Alianza Francesa, lo cual constituye un capital cultural importantísimo para la formación de las nuevas generaciones; y este aspecto ha sufrido de cierta negligencia durante mucho tiempo. Es por esto que proyectamos revisar, por un lado, desde la universidad, cuál es el legado de los intelectuales de origen francés en la ciudad, y por otro lado las corrientes migratorias que han tenido un origen francés, cuya cultura se ha integrado

para prácticamente desaparecer por completo, sobre todo porque en Santa Fe no hay una colectividad activa; a título de ejemplo, para los 14 de julio, es la Alianza Francesa la que conmemora en la plaza San Martín, así que voy en representación. Lo curioso es que yo no tengo ni una gota de sangre francesa, y entonces tenemos que ir con los chicos, en plenas vacaciones de invierno... (Intervención de Silvia Clément).

- ¿Clément no es francés?
- Sí, pero yo soy Clément por alianza; es el apellido de mi marido, el mío es Zenarruza.
- ¿De qué origen es?
- Vasco Español. En el País Vasco español está la colegiata de los Zenarruza...
- Con "z".
- Así es, porque mis antepasados son jujeños. Mi abuelo nació en Jujuy.
- Usted sabe que yo cultivo eso que usted ha dicho. Desde hace muchos años, en el doctorado, yo comienzo preguntando a mis alumnos su apellido, e intentando adivinar sus orígenes. La gran mayoría, como usted imagina, son piemonteses, pero hay también muchos franceses, alemanes y suizos... y entonces yo les pregunto sobre esos idiomas, sobre su legado cultural... y he notado que la mayoría o es reticente o se niega totalmente a recordar ese origen. Porque eso fue lo propio del inmigrante. En su gran mayoría, los inmigrantes querían cortar con su origen para forzar su asimilación, forzándose a hablar el castellano, a no recordar...
- En efecto hubo una política, la ley 1420, que apuntaba a asimilar este flujo inmigratorio, integración que era una decisión del poder de Roca... (Intervención de Silvia Clément).
- No está mal. Pero por otro lado hay que recordar que los que no saben de dónde vienen, y anote usted esto, no saben a dónde van. Cuando uno desconoce sus orígenes, está como perdido en la vida, porque estos orígenes aparecen en muchos pensamientos, queriéndolo o sin querer, buscándolos o de contrabando. Pienso esto porque pienso en aquella gente que se fue de Mosset y caminó durante 40 años hasta establecerse en Neuchâtel, parte también de la Suiza francesa. Yo tengo allí primos segundos, hijos del hermano de mi bisabuelo, de apellido Mosset, con los cuales me he visto; la mayoría son protestantes, hay algunos ingenieros y otros cuidan la tierra, labradores... ellos me enseñaron que éramos franceses, no suizos, porque para ser suizo hay que tener un legado de 800 años en ese país... ¡800 años! Con ese criterio ningún argentino sería argentino...
- Es cierto. Suiza es un enclave muy particular. Luego hubo otra ola muy grande en la época en que Luis XIV decidió rescindir un acuerdo de paz gestado por su abuelo

Enrique IV para la convivencia de protestantes y católicos. Después de esta decisión, en 1684 aproximadamente, hay una enorme ola de franceses que se instala en Suiza. Se trata del edicto de Nantes. Así tenemos por ejemplo a Rousseau, cuyo padre era un francés criado en Suiza. Hay pues muchas familias de apellido francés cuyo origen suizo o francés es ambiguo...

- Es cierto. Rescato este quehacer que consiste en intentar que las nuevas generaciones aprendan que no se puede cortar con los antepasados, que no puede bajarse el telón con respecto a los abuelos o bisabuelos que vinieron de Europa. Es muy provechoso. Eso no quita la identificación como argentino. En mi caso, jamás he apetecido poseer dos ciudadanía, ni he pensado en radicarme en otra parte, pues me es suficiente con ser ciudadano argentino, aunque aquí a veces las cosas caminen mal. Pero sí es muy importante conocer qué trajeron nuestros padres y nuestros abuelos de sus orígenes, esto es muy provechoso. Yo pienso a menudo en aquel bisabuelo mío que vino de Suiza, qué pensamientos trajo, qué pasó, qué lo habrá movido a irse, qué pensaba mi abuelo, que nació en la Argentina... yo creo que es una campaña muy provechosa. Y, por otro lado, el miedo de ser desacreditado como extranjero es algo propio del pasado.
- Yo creo que los argentinos estamos aun buscándonos...
- Y está bien, es que no sabemos lo que es ser argentino. Yo que recorro mucho Latinoamérica, porque realmente voy a todos los países de Latinoamérica, quizá con excepción de Venezuela... en todos estos países usted encuentra a mucha gente que tiene muy claro el ser nacional: qué es ser brasilero... esto les resulta claro a los brasileros. Qué es ser uruguayo...
- Ellos han tenido menos inmigración...
- Qué es ser chileno: los chilenos no pueden ser otra cosa que chilenos. En cambio, ¿ser argentino...?
- Han tenido, ciertamente, otro tipo de fenómenos migratorios, y a nosotros nos ha resultado siempre más difícil...
- No nos aferramos. Lo tenemos poco claro...
- Bien, doctor, ha sido un gran gusto mantener esta charla.
- También lo ha sido para mí. Usted sabe que cuando murió mi abuelo Mosset, en 1920, tenía cuatro hijas mujeres. Su madre las reunió y les dijo: "ha muerto su padre, mi amado marido, y en esta casa se guardará luto cerrado por cinco años". Resultado: las cuatro solteras. Les cortó los noviazgos, no podían relacionarse con nadie. ¡Cinco años! Ni siquiera podían escuchar la radio a galena. Y así era. Eran muy primitivas. Mi abuela

salía a las cinco de la mañana a controlar una casa que estaba construyendo en San Martín y Santiago del Estero; iba en el tranvía y volvía en el tranvía a la primera misa procurando que nadie la viera, tapándose, porque una viuda que anduviera quería decir que no había querido a su marido. Y ella se casó dos veces, primero con un Candiotti y luego con Mosset. Cuando se casó en segundas nupcias, la familia Candiotti, una familia tradicional de Santa Fe, la declaró muerta, porque era viuda y volvió a casarse. ¡Y se casó de negro! Consideraron que no era propio que una viuda volviese a casarse. Tenía 22 años y dos pequeños. Se casó a los quince y enviudó a los veintidós. Se casó con Mosset a los 26 y los Candiotti le dijeron: “usted ha muerto”.